

# Oscar Wilde, dandi y mártir

por **Mauricio Bach\***

*Según los biógrafos, Oscar Wilde explicaba a menudo cuentos que improvisaba en cualquier circunstancia y de los que ofrecía diversas versiones. Desgraciadamente, lo que luego se publicó es sólo una pequeña muestra de un repertorio que el autor nunca escribió. El príncipe feliz, El gigante egoísta, El fantasma de Canterville, son algunos de sus más famosos relatos escritos, en su mayoría, pensando en los niños, y en los que se aprecian muchos de los rasgos que caracterizan el resto de su obra. De ésta y de la trágica existencia del autor trata el artículo.*



Caricatura de Wilde realizada por Max Beerbohm, amigo del autor y uno de los mejores ilustradores de la época.

París es un imán que ha atraído a artistas y escritores de las más diversas culturas y lenguas, y por tanto una ciudad cargada de memoria artística y literaria. Oscar Wilde vivió allí el último acto de su drama personal, y cualquier admirador de su obra puede hoy visitar algunos de los escenarios en que éste se desarrolló. Wilde pasó los últimos meses de su vida en el entonces modesto Hotel D'Alsace, en la rue des Beaux Arts, en la Rive Gauche, muy cerca del Sena. Un hotel posteriormente reconvertido en establecimiento de cierto lujo rebautizado simplemente como L'Hotel, en el que muchos años después se alojaría Jorge Luis Borges en sus estancias parisinas. Sendas placas dejan constancia del paso de ambos huéspedes ilustres. Los restos mortales de Wilde descansan en la otra punta de la ciudad, en el cementerio de Père Lachaise, que acoge a otros muchos moradores de renombre.

También otros dos genios de las letras irlandesas vivieron largo tiempo, por motivos distintos, en la capital francesa: James Joyce y Samuel Beckett, que acabó optando por el francés como lengua literaria. Pero el exilio de Wilde fue sin duda el más trágico y doloroso de los tres. Fue el exilio de un dandi que de la noche a la mañana se vio convertido en mártir. Wilde aspiró por encima de todo a hacer de su vida una obra de arte, e interpretó a cara descubierta en el escenario de la sociedad victoriana en la que vivió un papel sumamente arriesgado, siempre en el filo, porque pretendía fustigarla por medio de su ingenio pero al mismo tiempo triunfar en su seno. Jugó un juego muy peligroso y perdió. La derrota le llevó a la tumba con sólo 46 años. Pero antes de ese final desolador, había llegado a lo más alto.

### Años de formación

Oscar Fingal O'Flahertie Wills Wilde nació en Dublín el 16 de octubre de 1854, segundo de los tres hijos de Sir William Wilde y Jane Francesca Elgee. Su madre fue una ferviente nacionalista, autora de poemas patrióticos de escasa relevancia, que firmaba con el pseudónimo de Speranza y publicaba en los periódicos locales.

Su padre, un eminente cirujano especialista en oftalmología y otología, fundador del Hospital Saint Mark, el primero especializado en estas materias en Irlanda, tuvo entre sus pacientes a algunas de las testas coronadas de Europa. Tenía fama de excéntrico, era un reputado mujeriego —con tres hijos ilegítimos, anteriores a su matrimonio, en su haber— y aficionado al folclore y la arqueología. Escribió algunos libros sobre estos temas, además de sobre sus especialidades médicas.

Wilde estudió en la Portora Royal School de Enniskillen, en el Trinity

College de Dublin y, finalmente, en la Universidad de Oxford, como alumno del prestigioso Magdalen College. En su época de estudiante universitario, ya empieza a mostrar abiertamente su gusto por la excentricidad y el ingenio provocador. Rechaza abiertamente practicar deportes —algo fundamental en la formación de los futuros *gentlemen*—, decora de manera poco acorde a los usos del *college* su habitación, con porcelana china y plumas de pavo real, y gusta de presumir de indolente y vago, aunque según todos los indicios estudiaba mucho más de lo que pretendía.



Oscar Wilde de niño.



P.J. LYNCH, EL GEGANT EGOISTA, VICENS VIVES, 1991.

Durante su estancia en Oxford Wilde tomó contacto con la cultura clásica, que conoció *in situ* en viajes por Grecia y por Italia durante las vacaciones; realizó sus primeros tanteos literarios, en forma de artículos y poemas —en 1778 ganó un premio de versificación por el poema *Ravenna*—; cortejó a una joven irlandesa,

Florence Balcombe, que finalmente decidió casarse con el también dublinés Bram Stoker, autor de *Drácula*; y conoció a dos personas que serán fundamentales en su formación intelectual, los profesores John Ruskin y Walter Pater.

John Ruskin era en aquella época un cincuentón en la cumbre de su carrera,

uno de los intelectuales más influyentes, sobre todo como crítico de arte y esteta. Walter Pater había sido su más destacado discípulo y ahora rivalizaba con su antiguo maestro.

Ruskin, fascinado por el Medioevo cristiano, desarrolló sus ideas acerca de las relaciones entre vida, arte, política y sociedad en obras como *Las siete lámparas de la arquitectura* (1849) y *Las piedras de Venecia* (1853). Era un ferviente partidario del sentido moral de la belleza y el arte, contrario por tanto al autocomplaciente goce sensual del «arte por el arte».

Pater, por el contrario, planteaba un arte ajeno a toda norma moral e incluso un arte directamente amoral, y prefería el Renacimiento al Medioevo. Escribió, entre otros libros, el monumental estudio *El Renacimiento* (1873), la novela *Mario el epicureo* (1885) y el volumen de biografías de pintores, *Retratos imaginarios* (1887). Su prosa era compleja, recargada y llena de matices.

«Aunque tanto Ruskin como Pater estaban a favor de la belleza, para Ruskin ésta tenía que estar asociada al bien. Para Pater siempre podía haber algún ligero rasgo de maldad; por los Borgia, por ejemplo, sentía más bien debilidad. Ruskin hablaba de fe; Pater hablaba de misticismo, como si la religión sólo le resultase tolerable cuando se volvía desmesurada y excesiva. Ruskin apelaba a la conciencia, Pater a la imaginación. Ruskin invocaba la contención disciplinada, Pater tenía en cuenta un sentido agradable del movimiento. Lo que para Ruskin era vicio aborrecible, para Pater era hedonismo seductor. A Wilde le preocupaba tanto el alma como el cuerpo, y aunque Pater le atraía, buscó en Ruskin la orientación espiritual.»<sup>1</sup>

## Dandi en Londres y conferenciante en América

Wilde, al no conseguir, pese a sus buenas calificaciones, una *fellowship* que le permita quedarse en el Magdalen College como profesor, abandona la vida académica y, a finales de 1878, se instala en Londres dispuesto a lanzar su carrera literaria y a codearse con la flor y nata de los salones mundanos de la capital.



Retrato de Wilde realizado por Toulouse-Lautrec.

Pronto su intensa vida social, su ingeniosa conversación y su elegante extravagancia de dandi en el vestir lo convierten en una figura popular. El joven escritor, que ha forjado su credo estético en Oxford, se convertirá en Londres en uno de los más famosos representantes del esteticismo, del «arte por el arte»,

que desde París —con representantes como Gauthier o Baudelaire— había irradiado su influencia al resto de Europa, incluida Inglaterra, donde encontró fervientes cultivadores como los pintores prerrafaelitas o escritores como Swinburne.

En 1880, Wilde escribe una primera

obra teatral, un drama titulado *Vera, o los nihilistas* (*Vera, or the Nihilists*), que se estrenará en Nueva York tres años después sin ningún éxito. Un año después, publica con dinero de su propio bolsillo su primer libro de poesía, *Poems* (1881), que recogía piezas aparecidas en diversas revistas y otras inéditas. Tampoco tuvo una recepción demasiado favorable.

En 1882, su bagaje literario era como se ve más bien escaso y no precisamente brillante, pero su fama era ya tal que fue suficiente por sí sola para que le ofreciesen una gira de conferencias de diez meses por los Estados Unidos. Lo contrató el empresario teatral Richard D'Oyly Carte, productor de la opereta cómica *Paciente* de Gilbert y Sullivan, en la que se caricaturizaba el esteticismo y a Wilde, su más visible representante. Con la gira se pretendía que el público norteamericano pudiese conocer de primera mano el nuevo movimiento estético y, de paso, promocionar la opereta.

Wilde aceptó la invitación, viajó a Nueva York en el transatlántico *Arizona* y fue recibido por una multitud de expectantes periodistas. Según se cuenta, cuando en la aduana le preguntaron «¿algo que declarar?», respondió: «Nada salvo mi genio»<sup>2</sup>. Wilde era ya conocido por su *witt*, su ingenio, por sus agudas sentencias, que con el tiempo abundarán también en su obra escrita. Como en el caso de otros agudos malavarietas verbales —abundantes en Inglaterra en esa época, piénsese en Bernard Shaw o Chesterton, por poner sólo dos ejemplos—, su fama es tal que se le atribuyen en ocasiones cosas que no dijo, y al final sus citas apócrifas son casi tantas como las auténticas.

En Estados Unidos visitó al poeta Walt Whitman, por el que sentía veneración, y supo encandilar a sus audiencias cuando éstas se lo permitían, y torearlas con habilidad cuando se colaban provocadores dispuestos a hundirle la conferencia. La gira americana no hizo sino acrecentar su fama.

De regreso a Europa, se instaló una temporada en París, donde frecuentó, entre otros, a un decrépito Paul Verlaine y a Edmond Goncourt, que en su diario califica a Wilde como «de sexo dudoso». En esta ciudad dio los últimos toques a



Wilde en sus días de estudiante.

su segunda obra dramática, *La duquesa de Padua* (*The Duchess of Padua*, 1883), una pieza tan poco interesante como la primera, y que se estrenará sin ningún éxito.

## Estabilidad y triunfo

La boda, en mayo de 1884, con Constance Lloyd —con la que tendrá dos hijos, Cyril (1885) y Vyvyan (1886)— marca el inicio de la etapa más sosegada y productiva de la vida de Wilde, en la que escribe sus mejores obras y cosecha sus mayores éxitos.

¿Por qué se caso? Richard Ellmann, en una frase despiadada, sentencia: «Una esposa lo salvaría de los moralistas y si era rica también de los prestamistas». Pero Constance no era millonaria; en cambio, con respecto al primer tema sí es cierto que en esa época eran ya insistentes los rumores sobre la ambigüedad sexual de Wilde.

Según parece, el escritor quiso a su mujer, pero empezó a sentir cierto recha-



Wilde, a la izquierda, vestido de Principe Rupert para un baile de disfraces.

zo hacia ella cuando se quedó embarazada. Además, desde el principio del matrimonio llevó una discreta doble vida, con su amante Robert Ross.

La nueva situación familiar obliga a Wilde a buscar fuentes de ingresos regulares. Sigue dando conferencias, escribe artículos y reseñas en los periódicos y, entre 1887 y 1889, dirige la revista *Woman's World*, destinada, como su título indica, al público femenino.

Es un periodo muy fructífero literariamente, en el que tras los tanteos y fracasos iniciales encuentra por fin su propia voz. Publica varios volúmenes de relatos, *El príncipe feliz y otros cuentos* (*The Happy Prince and Other Tales*, 1888), escritos para sus hijos, *Una casa de granadas* (*A House of Pomegranates*, 1891), edición aumentada del anterior, y *El crimen de Lord Arthur Saville y otros cuentos* (*Lord Arthur Saville's Crime and Other Stories*, 1891).

Entre los relatos hay que destacar el que da título a este último libro; el divertido *El fantasma de Canterville*, sobre un fantasma inglés que viaja a Estados



El autor fotografiado en Nueva York (1882).

Unidos con el castillo que compra y traslada un millonario yanqui; el bello *El retrato de Mr. W. H.*, sobre el adolescente que inspiró los sonetos de amor de Shakespeare, y deliciosas fábulas infantiles como *El gigante egoísta*, *El ruiseñor y la rosa* o *El pescador y su alma*.

Wilde coquetea con el socialismo fabiano, una corriente política de la que eran fervorosos panegiristas intelectuales de la talla de George Bernard Shaw o William Morris, y escribe el ensayo *El alma del hombre bajo el socialismo* (*The Soul of Man under Socialism*, 1891). De esta misma época son ingeniosos ensayos en forma de diálogos como *El crítico artista* o *La decadencia de la mentira*, incluidos junto con otros textos en el volumen *Intenciones* (*Intentions*, 1891), en el que reflexiona sobre sus postulados estéticos.

### Novelista y dramaturgo

*El retrato de Dorian Gray*, la única novela de Wilde, se publica por primera vez en la revista *Lippincott's Monthly Magazine* en 1890, y aparece en forma de libro al año siguiente. La novela y su protagonista deben mucho a *A Contra-pelo* (*À Rebours*, 1884) de Joris-Karl Huysmans, una obra que había descubierto durante su estancia en París y de la que retoma el gusto por los climas mórbidos. *El retrato...* es el máximo exponente de la corriente decadentista en Inglaterra y provocó, en su momento, un gran escándalo.

El argumento es bien conocido, y le sirve al autor para abordar el miedo al paso del tiempo y la muerte, y la terrible fugacidad de la belleza y la juventud. Como en el caso del mito de Fausto, hay un pacto diabólico, representado aquí en la imagen del cuadro. Wilde hace de su protagonista un hombre desenfrenado y dado a los vicios, símbolo de lo que el decadentismo postulaba estética y éticamente.

En el prólogo, expresa con claridad algunos de sus planteamientos literarios de esa época: «Un libro no es en modo alguno moral o inmoral. Los libros están bien o mal escritos. Eso es todo (...) Ningún artista tiene simpatías éticas. Una simpatía ética en un artista consti-

tuye un amaneramiento imperdonable de estilo. Ningún artista es nunca morboso. El artista puede expresarlo todo.» Con *El retrato...* Wilde se decanta defi-

nitivamente por Pater y abandona los postulados de Ruskin.

El apellido del protagonista es, según todos los indicios, un homenaje a John



Constance Wilde, la esposa del autor y madre de sus hijos.



P.J. LYNCH, EL COET FAMÓS, VICENS VIVES, 1991.

Gray, un joven discípulo al que Wilde adoraba y con el que todo indica que mantenía una relación amorosa. Gray, joven aspirante a poeta, era uno de los discípulos y admiradores —mayormente estudiantes de Oxford— que en esta época formaban la corte del escritor.

Gray, por cierto, acabó siendo ordenado sacerdote.

Wilde escribió además en estos años gloriosos el grueso de su producción teatral, tras los dos primeros intentos fallidos. Entre 1891 y 1895 creó un drama y cuatro comedias. El drama es

*Salomé* (1891), inspirado en el episodio bíblico de la decapitación de Juan Bautista y pensado para ser interpretado por la diva Sara Bernhardt. Lo escribió en francés, durante una segunda estancia parisina, en la que conoció a Mallarmé, Léon Daudet, Marcel Schwob, que le hacía de *cicerone* en muchos de sus desplazamientos urbanos; al poeta Pierre Louys, al que dedica *Salomé*; y a un joven André Gide, que queda fascinado por el irlandés, sobre el que posteriormente escribirá en varias de sus obras.

La censura inglesa prohíbe el estreno en Londres de la obra por su alta carga erótica, y Wilde amenaza con renunciar a la nacionalidad y adoptar la francesa. En 1894, año en que también publica el largo poema *La esfinge* (*The Sphinx*) en el que llevaba mucho tiempo trabajando, se edita por fin una traducción inglesa de *Salomé*, con dibujos del más destacado ilustrador del decadentismo, Aubrey Bearsdley.

Bearsdley fue un dibujante que, a pesar de morir muy joven, con apenas 25 años, dejó una obra excepcional. Es el mejor ilustrador de la época, sólo comparable a Max Beerbohm, amigo también de Wilde. Por cierto que ambos hicieron sus pinitos literarios —Bearsdley con *La historia de Venus y Tannhäuser*, y Beerbohm con una obra más amplia en la que destaca la deliciosa novela *Zuleika Dobson*—,<sup>4</sup> y ambos dibujaron memorables y despiadadas caricaturas del escritor.

*Salomé* se estrena finalmente en 1896, en París. En 1905 el compositor alemán Richard Strauss le pone música y la convierte en ópera.

Las comedias son *El abanico de Lady Windermere* (*Lady Windermere's Fan*, 1892), *Una mujer sin importancia* (*A Woman of No Importance*, 1893), *Un marido ideal* (*An Ideal Husband*, 1895) y *La importancia de llamarse Ernesto* (*The Importance of Being Earnest*, 1895).<sup>5</sup> De las cuatro es sin duda la última la más redonda, una de las cumbres del teatro del siglo XIX. Pero todas son piezas bien construidas, en las que el ingenio verbal de Wilde alcanza su cima. Comedias de enredos y equívocos, de engaños y mentiras al servicio del amor que finalmente triunfa sobre la hipocresía y la mezquindad.

Wilde parte en ellas del modelo de la alta comedia —que en Inglaterra tiene a Sheridan como modélico cultivador en el siglo XVIII—, pero la lleva a su terreno, introduciendo elementos propios como el gusto por la paradoja o el vاپuleo a la moral victoriana. El escritor se sirve del humor para satirizar algunos de los vicios de esa sociedad —la doble moral, la hipocresía...— sin que ésta le de la espalda; muy al contrario, se ríe y aplaude a rabiar cada uno de los estrenos. Oscar Wilde es una figura de moda en la capital. Londres se rinde a sus pies. Pero las alabanzas no van a durar mucho.

### El escándalo y la humillación

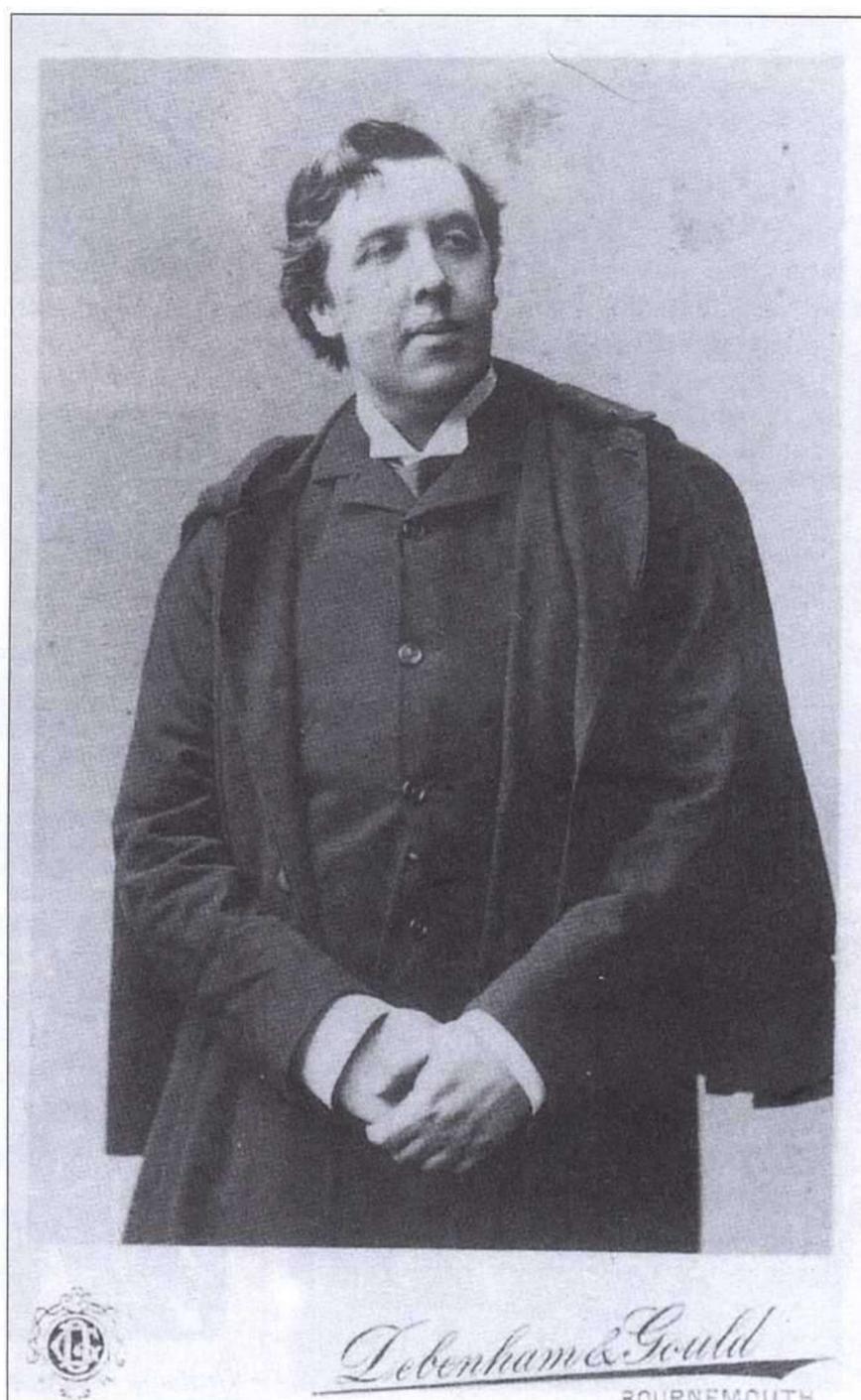
El autor de *Salomé* conoció a Lord Alfred Douglas en 1891, cuando éste tenía 22 años y estudiaba lenguas clásicas en el Magdalen College de Oxford. Bosie, como lo llamaban en su familia, era el tercer hijo del marqués de Queensberry, que pasará a la historia además de por martirizar a Wilde, por ser el inventor de las reglas modernas del boxeo, al que pretendía convertir en deporte de caballeros.

En poco tiempo se inició entre Wilde y Bosie una relación amorosa que ha pasado a la historia de la literatura por las

nefastas consecuencias que tuvo para el escritor irlandés. Alfred Douglas no fue su primer amor homosexual, pero sí el más notorio. Antes, aunque de manera mucho más discreta, había mantenido relaciones con los ya mencionados Robert Ross, uno de los pocos amigos fieles a lo largo de toda su vida, y John Gray. Pero Douglas, de carácter inestable y caprichoso, introdujo a Wilde en ambientes que hasta entonces no había frecuentado —el de la prostitución masculina— y lo puso a tiro de chantajistas. En palabras de Javier Marías, Bosie «de joven era largo de bucles y corto de luces, y en su madurez perdió los bucles



A la izquierda, Wilde y su amante, Alfred Douglas, en Oxford (1893). Derecha: el autor en 1891.



y no ganó en luces»<sup>6</sup>. En su madurez escribió varios libros dando su versión de lo sucedido y tratando de justificar su actuación.

El marqués de Queensbery no veía con buenos ojos la relación de su hijo con Wilde, fue a visitar a éste y le conminó a no volver a ver a su vástago. Pero Wilde no se dejó amedrentar. En 1893, los amantes tuvieron que marcharse durante un tiempo de Inglaterra hasta que se calmase un asunto que los implicaba a ambos y a Robert Ross con un adolescente de 16 años. En 1895, viajaron a Argelia desafiando al padre de Bosie, y allí coincidieron con André Gide, que relató posteriormente el encuentro en sus diarios. A su regreso, el marqués decide desacreditar públicamente a su enemigo durante el estreno de *La importancia de llamarse Ernesto*, pero éste se entera a tiempo para evitarlo. Poco después el marqués lo acusa de homosexual en una nota manuscrita y Wilde se querrela contra él por difamación, parece ser que a instancias de Bosie, que mantenía unas pésimas relaciones con su padre. Empieza entonces el primero de los tristemente famosos juicios que acabarán en la pública humillación del escritor, con la sociedad que hasta entonces lo había aplaudido dándole la espalda. A este primer juicio siguieron otros dos, en los que las tornas ya habían cambiado, y ahora era Wilde quien ocupaba el banquillo de los acusados, junto con Alfred Taylor, propietario de un prostíbulo masculino frecuentado por él y Bosie.

Wilde fue condenado a dos años de trabajos forzados,<sup>7</sup> en aplicación de una ley de 1885 que criminalizaba la homosexualidad. Muchos de sus amigos, temerosos de correr la misma suerte, se marcharon de Inglaterra por una temporada. El reo pasó por varias prisiones y finalmente ocupó una celda en la penitenciaría de Reading, una ciudad a pocos kilómetros de Londres.

La experiencia es traumática, y el escritor irlandés no se recuperará de ella. Su vida y su obra dan un giro radical. Está arruinado después de que el marqués de Queensbery haya exigido que pague las costas de los juicios, pierda la custodia de sus hijos y su madre muere mientras él está en prisión.



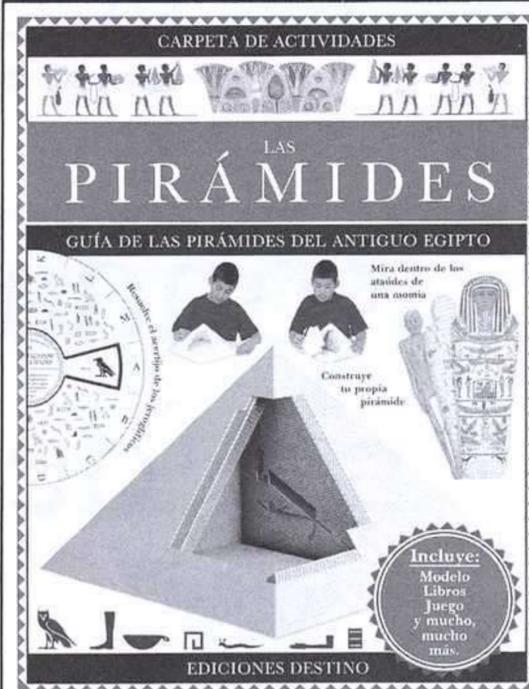
*Oscar Wilde disfrazado de Salomé.*



*Grabado de una edición del poema Balada en la prisión de Reading.*

## CARPETA DE ACTIVIDADES

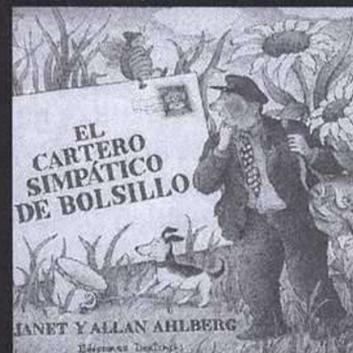
## Las pirámides



Más que un libro...  
mejor que un juego...  
un nuevo enfoque original  
y apasionante para informarte  
acerca de las pirámides  
del antiguo Egipto

JANET Y ALAN AHLBERG

## El cartero simpático de bolsillo



El cartero simpático vuelve  
a repartir sus divertidísimas  
cartas a los personajes  
más estrambóticos y curiosos  
de parte de remitentes aún  
más curiosos y estrambóticos

El director que había en Reading cuando entró como recluso era muy severo. Por suerte para él al poco tiempo entra un nuevo director, más humanitario, que le permite tener pluma y papel sin restricciones. A principios de 1897 Wilde escribe una larga carta, conocida como *De Profundis (Epistola: In Carcere et Vinculis)*. Nada que ver con sus chispeantes comedias, nada que ver con el ingenio de antaño. Es una larga misiva dirigida a Bosie en la que reflexiona, hace un ejercicio de introspección, y relata su descubrimiento del dolor y la desdicha. El dandi, el hedonista, el provocador ingenioso ya no existen, la cárcel lo transforma completamente. La obra la publicará por primera vez en 1905 Robert Ross, eliminando las referencias a Bosie, que en ediciones posteriores se restituirán.

### París, último acto

Wilde recupera su libertad el 19 de mayo de 1897. Inmediatamente toma un barco en compañía de Robert Ross y otro amigo para cruzar el canal. Llega al puerto de Dieppe y se instala una temporada en un hotel de la población.

Adopta el pseudónimo de Sebastian Melmoth. Sebastián por San Sebastián martirizado con las flechas, representado un diversos cuadros que admiraba, y Melmoth, por la novela gótica Melmoth el errabundo de Charles Maturin, pariente de su madre; y es que, en efecto, ahora también él es un ser sin rumbo.

Al cabo de un tiempo se instala en París. Pero el Wilde que regresa a la gran metrópolis de la cultura no tiene nada que ver con el que la ha visitado en ocasiones anteriores; ahora es un hombre avejentado, enfermo, dado a la bebida y arruinado. Muchos de los amigos de antaño lo evitan, unos por el escándalo en el que se ha visto envuelto por su homosexualidad, otros para evitar sus continuos saqueos de dinero. Robert Ross es uno de los pocos fieles.

Wilde malvive en París, hace todavía algunos viajes, recibe la noticia del fallecimiento de su mujer en 1898 y apenas escribe nada. Envía un par de cartas al *Daily Chronicle* en las que denuncia las duras condiciones de las

cárceles inglesas, trabaja en una pieza teatral, *Una tragedia florentina*, que no llega a terminar, y compone el poema *Balada de la cárcel de Reading (The Ballad of Reading Gaol, 1898)*. Muere el 30 de noviembre de 1900 en su habitación del Hotel D'Alsace y recibe sepultura en Bagneux.

En 1908, Ross inicia la publicación de las Obras Completas de Oscar Wilde en 13 tomos. Al año siguiente, se trasladan sus restos mortales a una tumba con un monumento funerario de aires egipcios de Jacob Epstein, en el cementerio de Père Lachaise.

Ya que al principio del artículo nos hemos referido a que Wilde y Borges se alojaron en París en el mismo hotel, nada mejor para cerrarlo que unas palabras del argentino referidas al irlandés, que suscribimos plenamente: «Su obra no ha envejecido; pudo haber sido escrita esta mañana.»<sup>8</sup> ■

\*Mauricio Bach es escritor, traductor y crítico literario.

### Notas

1. Ellman, Richard: «Oscar Wilde en Oxford», en *Cuatro dublínenses (Wilde, Yeats, Joyce y Beckett)*, Barcelona, Tusquets, 1990, pág. 35.
2. La anécdota la reproduce Ellman en su monumental biografía de Oscar Wilde, Barcelona, Edhasa 1990, pág. 199.
3. Ellmann, op. cit., pág. 277.
4. Hay una reciente reedición en Destino.
5. De ellas hay, por cierto, excelentes versiones cinematográficas. De *El abanico de lady Windermere* hay una versión dirigida en 1925 por el maestro de la comedia Ernst Lubistch; de *Un marido ideal* hizo una adaptación, en 1948 el productor y director Alexander Korda, en la que fue su última película como realizador. De *la importancia de llamarse Ernesto* rodó una versión en 1952, en la mejor etapa de su carrera, el cineasta inglés Anthony Asquith. En cuanto a *El retrato de Dorian Gray*, hay una interesante adaptación rodada en 1945 en Hollywood por el productor y director Albert Lewin, una de las figuras más inclasificables del cine norteamericano, autor de aquella extraña y memorable *Pandora y el holandés errante*, rodada en la Costa Brava con Ava Gardner, James Mason y Mario Cabré.
6. Javier Marias, *Vidas escritas*, Madrid: Siruela, 1992, pág. 131.
7. Las actas del juicio han sido recientemente editadas por Valdemar.
8. Prólogo al volumen *Ensayos y artículos de Oscar Wilde*, en la Biblioteca Personal Jorge Luis Borges, Barcelona: Orbis, 1986.